

Canto póstumo a una madre
Segundo Premio Poesía
Semana de la Lengua 2009
Jesús Norberto Nazario Rivera

Con cierta nobleza me acerco
a sembrar mis labios en el suelo
para que sean carne a tu cuerpo,

en el lúgubre canto gregoriano
que germina el recuerdo bienamado,

donde el gusano teje desnudos
y la tierra traga esperanza contra esperanza.

Cuantos besos extrañan el aposento de tu frente,
fuente de pájaros, cruz de dioses,
altar de mis lágrimas.

¡Ay!, Madre amada, si la noche soñara.

Despertar quisiera tu mirada imbricada e inundada,
en la posada del arroyo, al fondo de la cascada,
entre alas de mariposas doradas, al canto de un ángel y su arpa.

Tiernos ayes hallaría al rayar del alba.

Ascuas de fuego, fue el amor de tu pecho,
maná del cielo, eterno seno.

Asunción de Dios,
te vas y me desprecio.

Con el pañuelo que silencia el último sollozo,
con una diadema de ojos que bañan la tierra,
te vestiré, para que los huesos del jardín te alaben;

y no te menosprecie la madera,
sándalo que perfuma,

tu olor,
aunque se muera.

Austero y quebrantado me levanto del barro,
y solo una flor recoge mi llanto.
de pétalos blancos como tus manos, polen del regazo.

Y vi caer, como una lluvia fina y serena,
tus cabellos traídos por el viento,

tu voz, en el murmullo de las hojas,
en el canto de un ruiseñor.

Y vi tus alas de paloma enamorada en su nido
y las ame.

Eterna belleza,
magnificencia que reina,
al santo que te recibe mi salutación,

y delicias en ti,
de lo que pierdo, yo.